

su pecado original. "Oh no —dijo—, nuestro mundo es sólo un malhumor de Dios, un mal día". ¿Habría entonces esperanza fuera de esta manifestación de este mundo que conocemos? Sonrió. "Sin duda, mucha esperanza, infinita esperanza, pero no para nosotros".» («Franz Kafka en el décimo aniversario de su muerte.») Mirada crepuscular que, sin embargo, como la de Benjamin, recoge el legado de la tradición judía que piensa el tiempo mesiánico como el espacio de la conjugación de todas las generaciones. Geoffrey Hartman ha escrito palabras esclarecedoras que vale la pena citar: «Este quiasmo de esperanza y catástrofe es lo que salva a la esperanza de ser desmascarada y mostrada únicamente como catástrofe, como la ilusión o el insatisfecho movimiento de deseo que lo ahogaría todo. La fundación de la esperanza se convierte en reminiscencia, lo cual confirma la función y aún el deber del historiador y del crítico. Recordar el pasado es un pacto político, una "búsqueda" que nos envuelve en imágenes que pueden constreñirnos a identificarnos con ellas y que denuncian el "débil poder mesiánico" hoy corriente (Tesis 2). Estas imágenes, desgajadas de su localización fija en la historia, deshacen el concepto de tiempo homogéneo y se insertan en el presente o lo reconstituyen.»

Borges se mueve en otro registro, su visión de la historia tiene un carácter mitologizante, ahistórico, fuertemente inclinado hacia los arquetipos y, también, a las fijaciones infantiles (es clara la recurrencia a lo largo de su prolongada vida de escritor de la proyección del rosismo en su obra; su lectura del primer peronismo, su experiencia práctica de opositor al régimen populista, estuvo mediada por la memoria familiar de la dictadura de Rosas. Perón, a los ojos de Borges, no fue sino la repetición especular de Rosas, la reiteración de una experiencia ya vivida). Y sin embargo la prosa borgiana está saturada de historia, sus personajes siempre ocupan los bordes, permanecen en los umbrales o se equivocan de lugar. Son personajes de un tiempo acontecido, incapaces de adecuarse a las exigencias, para ellos inverosímiles, del progreso; sus valores ya no pertenecen al presente, tienen que ver con el coraje, la camaradería, la palabra dada. Un mundo de valores en desuso, anacrónicos, que se deshilachan en medio de la sociedad burguesa y consumista.

A través de esos personajes de las orillas de Buenos Aires, de esos compadritos de fines de siglo, hombres de cuchillo ligero al servicio del honor y de algún cacique local —pero amparados en un código que nada tiene que ver con la política—, Borges dibuja el cruce final de una época y de un mundo (y no sería arriesgado decir que él toma partido por esos fantasmas del pasado que alcanzó a entrever en sus días de infancia). Hay en su escritura una suerte de vindicación, un intento de redimir a esas figuras olvidadas y desprestigiadas pero sin alcanzar el gesto salvífico del mesianismo judío. Borges, el erudito sensible, el intelectual refinado, toma la pluma —en algunas de sus mejores páginas— para desenterrar la memoria de oscuros personajes de un suburbio donde el coraje y la bravura quedaron sepultados para siempre. Borges retrata un tiempo premoderno, ese espacio de metamorfosis donde el campo va deviniendo ciudad. Con un aire de melancólico escepticismo Borges despliega las ar-

tes de su escritura para retratar un paisaje desvanecido que sólo la alquimia de ficción y de memoria pueden ofrecernos.

Benjamin construye su obra crítica desde una perspectiva que tiene a la historia como un referente esencial; pero no la historia en el sentido de una sucesión lineal del tiempo, sino como escenario de profundas transformaciones que sorprenden el decurso armónico de la sociedad. Y el crítico busca descubrir esos puntos de clivaje, esos momentos donde la claridad del cielo es brutalmente descompuesta por la potencia del relámpago. Benjamin bucea en la modernidad, en sus zonas fundacionales, no para exaltar la continuidad de un modelo de cultura, sino para entender la trama dialéctica que nos permita reconocer la proximidad de la decadencia allí donde todavía permanece el esplendor.

Borges y Benjamin, dos sensibilidades que se conjugan y que se distancian; dos experiencias ejemplares en medio de una época extraordinaria y despiadada. En estas páginas simplemente quisimos aproximarnos a ciertos puntos en común, apuntar algunos problemas de interpretación. Nos interesaba poner en evidencia la pasión de la escritura con afirmación del espíritu; resaltar ese común anacronismo que los convierte en agudos críticos de la lógica del progreso y de la modernización. Hacer cruzar sus caminos, establecer un diálogo entre ellos, implica ejercer una lectura distinta, quizás a contrapelo, de nuestro presente; supone apropiarnos de una espiritualidad de la que cada vez nos sentimos más huérfanos. Borges y Benjamin, dos modelos de escritores que determinan nuestra mirada contemporánea y que nos siguen prometiéndolo la aventura de la creación y del pensamiento.

**Ricardo Forster**



María Elizabeth Wrede,  
1942. Frente a la portada  
de *Ficciones*. Buenos Aires,  
Sur, 1944